

# Jaime Gil de Biedma

La Vaguedad  
del  
Sentimiento

Adolfo García Ortega

DURANTE MUCHO TIEMPO ME PARECIÓ UNA hipótesis errática presuponer que Jaime Gil de Biedma escribía poesía para ilustrar una poética, siendo de ese modo sus poemas ejemplos de lo que él querría encontrar como lector. Hoy, después de su muerte y tenida su obra como parte fundamental de la poesía española de este siglo, no me parece tan errática aquella hipótesis; es más, me parece la razón de ser de un poeta que quiso ser *poema* por encima de todo. Aunque esto no desdice esa especie de bendito error de los buenos poetas que es «*apostarse entero en cada poema*» sin que se note demasiado, mezclando con sabiduría sinceridad y artificio, aunque esto, en última instancia, nunca sea importante a la hora de hablar de poesía. Así, si en un poema como «El juego de hacer versos» — que es un juego — parece no tomarse en serio la escritura, en «Arte poética» expone lo que será un ideario estético, al que será fiel en su poesía posterior. Y lo expone convencidamente. «Arte poética» sintetiza a Gil de Biedma, y define a su autor, a la manera de Wordsworth, como un «*poeta con programa*». Aparecen en ese poema la realidad y un peculiar modo de mirarla («*muro color paloma de cemento*»), la nostalgia («*La nostalgia del sol en los terrados*»), el tiempo («*Y sobre todo el vértigo del tiempo*»), el amor («*La dulzura, el calor de los labios a solas*») y la reflexión levemente irónica («*Es sin duda el momento de pensar*»), ese rasgo que al final da a las palabras un poder exonerador de todo mal, cierta gracia de compendio, último reducto para ese personaje que finge ser el poeta.

¿Cómo tratan las palabras el tiempo, tan importante en Gil de Biedma y tan iluminador de la memoria, nostálgica o pública? Como un hueco, una profundización «*hacia dentro del alma*». Frente a esa exposición de principios que es «Arte poética», la vida, en última instancia («*Lo que importa explicar / es la vida*», dice en «El juego de hacer versos»), se convierte en una exi-



gencia ética, en una reflexión lúcida («*es el momento de pensar*») sobre los dos polos en torno a los que gira la poesía de Gil de Biedma: el héroe que no es el personaje de sus poemas — fantasma de la frustración —, y el héroe de la vida cotidiana al que trata de adecuarse ese personaje, fantasma no menos frustrante pero más a mano, más de «*tratar entre los dedos*». Como buen platónico, lo que media entre ambos polos es la credibilidad para darse una y otra vez oportunidades «*aunque dure más el dolor del corazón*»; una extraña apariencia de fe perdida y encontrada que resurgirá con frecuencia en *Poemas póstumos*.

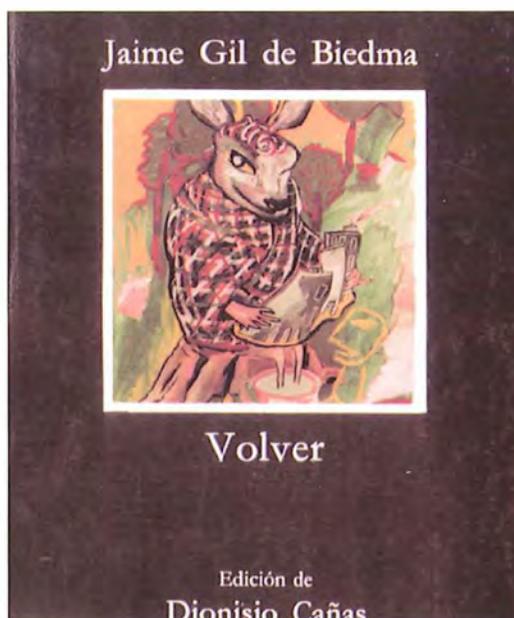
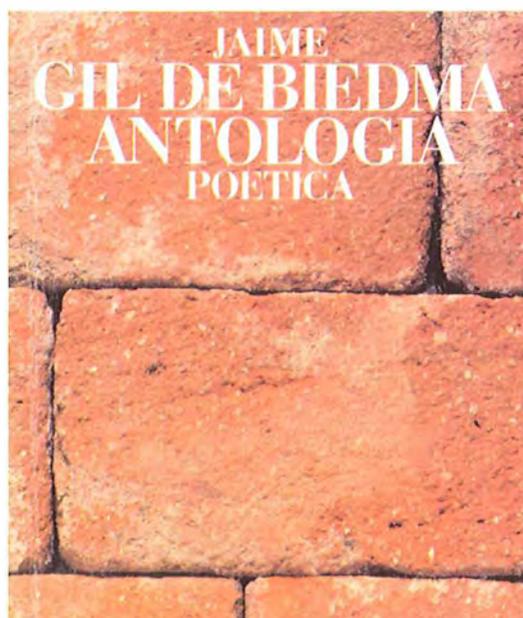
Lo que salva de esa frustración, de esa lucha entre las dos fuerzas que la experiencia enfrenta (ya mito, ya realidad) es el lenguaje («*Yo me salvé / escribiendo después de la muerte de Jaime Gil de Biedma*») y su transformación poética en la reflexión. ¿Y qué palabras? «*Palabras de familia gastadas tibiamente*». El lenguaje de Gil de Biedma es el justo para la experiencia que lo alimenta. En esto es un mago que administra con sabia economía las palabras.

El lugar central de su reflexión lo ocupa la vida («*las noches de sus sábados*»). Se puede decir que su poesía trata del proceso entre la vida en abstracto y su una especial transformación en «*vida vivida por alguien*».

Si es cierto lo que Octavio Paz dijo sobre al acto de la escritura («*Escribir es el espejismo de una recuperación*»), la vida se encuentra con la poesía — y no al revés — en el acto de la reflexión. La reflexión, el pensamiento, se convierte en la poesía de Gil de Biedma en el líquido destilado por la experiencia. De este modo, Gil de Biedma se inscribe en una tradición poética que sólo traslada al poema aquella síntesis sentimental de la emoción que la imaginación ha producido, basada en el devenir de unos hechos en apariencia verosímiles. Pero, ¿por qué poemas? El poema tiene esa capacidad, la más eminentemente literaria, de situar los sentimientos a la altura de los hechos, en un marco autónomo, y de explicar inductivamente, es decir, objetivar (la sinécdoque de las retóricas).

Cuando se dice que la reflexión preside la poesía de Gil de Biedma, de lo que se está hablando es de una determinada tradición poética en la que deliberadamente él inscribe su poesía. Gil de Biedma es un poeta simbolista, con los mismos extremos de la poesía baudelairiana. Es el simbolismo que recoge, matizado, de Jorge Guillén, cuya influencia es más que notable en por lo menos media parte de su obra. Es el simbolismo que puede advertirse en ciertos poetas anglosajones que él prefiere, como Auden, Eliot, Cummings o Frost. Es el simbolismo de determinados poemas de Cavafis. Y es el simbolismo de Cernuda, con quien las proximidades son, a veces, más de cercanía de afectos poéticos en conjunto que de auténtica influencia directa.

Pero existe otro ángulo desde donde se ilumina el sentido de la reflexión en Gil de Biedma. Se trata de la mirada. La mirada, llevada al poema, se convierte en arte. La manera de mirar del poeta no es inmediata, pasa por la experiencia acumulada acerca de los objetos, las situaciones, las personas, los hechos y, sobre todo, acerca de sí mismo. En definitiva, el pasado. Y en



*Antología Poética e Volver*, incluem poemas como "Arte Poética", "Happy Endings" e excertos de "Poemas Póstumos".

esto se aproxima mucho a los principios dominantes de una de sus piezas preferidas, los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot: mirar, pensar y escribir en la distancia. De ahí que todos los temas de la poesía de Gil de Biedma correspondan a hechos y a situaciones pasadas, retomadas durante un tiempo, el tiempo de la composición del poema.

En ese tiempo, y sólo mientras se escribe el poema, conviven vida y arte. Luego la vida sólo es el poema. ¿Cómo es la reflexión de Gil de Biedma sobre la vida y el arte, materias esquivas por excelencia? Una reflexión que conduce a la insuficiencia. En un ensayo sobre *Valentín*, de Juan Gil-Albert, escribe Gil de Biedma: «*sobrellevar el peso de una doble decepción: la de la insuficiencia del arte, la de la irremediable insuficiencia de la vida*»<sup>1</sup>.

¿No es ésta la reflexión de un utópico, de un ingenuo, en cierta medida? Es más, en el citado ensayo, Gil de Biedma, apelando al arte como valor en sí, escribe: «*No es que el arte enmascare la realidad, sino que la magia del arte, hasta que se entromete la vida, es una realidad suficiente*»<sup>2</sup>.

En su reflexión, el poeta, jugando al arte — lo que importa es la vida, luego el arte es un juego — define y apuesta por otra realidad que intente explicar, con más fortuna, la realidad vivida y vivible, la realidad «real», por así decir, nada agradable y más bien gris y plana. De alguna manera para eso se escriben los poemas, para inventarse una identidad. Y esta es, por tanto, su reflexión: ordenarse el mundo, explicarse la vida, para que el engaño — léase poema — sea tan fiel que no lo parezca. De lo que se deduce que no interese la variación en sus poemas. De lo que hablan, como él dijo, es el argumento de todas las novelas. El asunto estriba en que ese argumento se acerque lo más posible al arte.

Esa dicotomía arte-vida, vieja como el mundo, esa constante reflexión sobre lo que la vida no da porque quizá no tenga, y que el arte apenas pone como puede, será la base de toda la reflexión del poeta Gil de Biedma. En este sentido tal vez sea «Canción final», un poema más bien metafórico y oscuro, el que mejor explicita esa reflexión:

*Las rosas de papel no son verdad  
y queman  
lo mismo que una frente pensativa  
o el tacto de una lámina de hielo.*

*Las rosas de papel son, en verdad,  
demasiado encendidas para el pecho.*

Que la vida no es teatro, el tiempo nos lo avisa. Es otra cara del poliedro de su reflexión: el dolor frente a la realidad. La crudaverdad del arte, que siempre nos recuerda que «*hay un secreto perverso*». ¿Cómo, pues, se conjugan el arte y la vida, la realidad y su engaño? Podría parecer que conjugando hábilmente sinceridad y artificio. Sin embargo, conviene aclarar que la sinceridad nunca ha sido una aliada del arte; más bien los buenos poemas, como dice Auden, sin sinceramente insinceros.

Existe, además, en toda la obra de Gil de Biedma una dialéctica, un juego de contrastes que con el paso del tiempo se torna juego de propósitos y despropósitos. Su poesía en un álbum de fotos, de escenas, frente a las que un personaje reflexiona, revive secuencias de su vida. «Según sentencia del tiempo», frase de Anaximandro que da título a uno de los primeros poemas de Gil de Biedma, ese álbum va culminando en un viaje interior por las experiencias y el poso que dejaron. A medida que pasan las fotos, el personaje que las ve ya no es el mismo, pues ese devenir real ya modificó su manera de mirar las primeras fotos. De todos modos, en ese juego dialéctico de la reflexión de Gil de Biedma, el poeta no acaba de exponerse completamente: introduce la ironía, con la que distancia y crea al personaje.

Gil de Biedma busca un equilibrio entre sentimiento y pensamiento difícil de conseguir: «*fui feliz y a menudo me acuerdo*». En «*Trompe l'oeil*» el poeta apuesta, con la excusa de la pintura de Todó, por un mundo ordenado, idea que proviene de Guillén y que en cierto modo Gil de Bied-

ma no abandonará nunca. Esa armonía vital, adecuación de ritmos, tiene su origen en el vínculo que une razón y sentimiento. Sólo así es posible el poema, como en Guillén.

El sentimiento, por otra parte, es el evocador de una emoción. Así, en «*En una despedida*» se narran las incisiones sentimentales de una emoción. Emoción y conciencia, como ha visto en Baudelaire, son las lindes dentro de las que sitúa Gil de Biedma su reflexión: «*Siempre en la creación poética existe un intervalo entre emoción y conciencia durante el cual se realiza una parte apreciable del trabajo*»<sup>3</sup>. A esto añade Joan Ferraté: «*Siempre [se observa] un complejo de emoción y conciencia, de visión y actitud, de vida vivida y juicio sobre la vida... donde ambos polos opuestos guardan la misma distancia con relación al yo del poeta*»<sup>4</sup>. Como apuntaba Wordsworth, al sentimiento lo modifica el pensamiento mediante su cualidad de registro de los sentimientos anteriores. Tal vez sería ésta la relación existente entre poesía y reflexión, una relación a todas luces experiencial. El papel que juega la emoción no es otro que el impulso para ordenar la experiencia de emociones pasadas, ya concebidas por el poeta como conciencia, subjetiva sin duda. Hacer de la emoción un espacio objetivo es la tarea de la poesía. Gil de Biedma lo dice así: «*Toda la literatura de imaginación, y no sólo la poesía, es la expresión de un mundo subjetivo que lucha por encontrar salida, mejor dicho, por crear un sistema de referencias al mundo de la realidad objetiva*»<sup>5</sup>. La imaginación (recreo de la emoción) engarza subjetividad y objetividad. La imaginación es el poema.

De nuevo hay que recurrir a Wordsworth, cuando escribe el *Prefacio* que el poema es el resultado de una serie de hábitos meditativos: «*La poesía tiene su origen en la emoción acumulada en la tranquilidad*». La imaginación sería, por tanto, el segundo paso tras la reflexión, la parte volitiva de la poesía posterior a la reflexiva.

Por otra parte, Gil de Biedma hace numerosas referencias expresas al pensamiento como elemento fundamental para la buena articulación de la emoción en el poema. El poeta quiere dejar muy claro que primero piensa. E incluso a veces lo manifiesta explícitamente: «*Pienso ahora...*», «*pensaba...*», etcétera. Ese hábito meditativo es lo que permite enjuiciar, dar un valor moral a la vida.

De algún modo la consistencia del monólogo interior tan nutrido en Gil de Biedma tiene que ver con la reflexión, en el sentido en que la razón de la escritura es ese «*yo pienso*» de ambiguas reminiscencias cartesianas. Ese pensar no es nada en el poema sin estar sustentado sobre la vivencia primigenia, la imagen. El pensamiento de Gil de Biedma es eminentemente fotográfico, imaginativo («*Lo imagino enseguida*», dice en un poema).

En cierto modo la reflexión de Gil de Biedma se apoya en una visión del «poema necesario» para, como él escribió, «*indagar en el íntimo paraíso imposible, e intransferible, cuya nostalgia acompaña a cada cual a lo largo de su vida, como una sombra*»<sup>6</sup>. ¿Cómo se llega al poema? Por afecto, tal como Gil de Biedma dice de Guillén. «*Lo que ocurre — continúa — es que la emoción originaria aparece muy arriba en el proceso de génesis del poema, y cuando el poeta empieza a trabajar ha encarnado ya en un principio de situación de hecho, o por lo menos en la intuición de una particular atmósfera emocional, que poco a poco irá sedimentando hasta constituirse en ámbito de la acción del poema*»<sup>7</sup>. En algún lugar del pensamiento — o previo a él incluso — el poema se está gestando. El poeta no lo *sabe* aún, porque el poema es recreación de una emoción que se ha ido y que regresa luego bajo la forma de otra emoción nueva. El afloramiento de esa emoción a la consciencia es lo que impulsa a escribir el poema. Como escribe en su *Diario del artista seriamente enfermo*: «*Una diminuta, bre-*

*vísima inspiración, y se salta misteriosamente de no saber a saber*»<sup>8</sup>.

Es interesante considerar aquí, con respecto a la composición del poema, los conceptos *invención y modo*, tal como los emplea Ben Jonson en «*Timber*». Invención — cuestión de inge-

A poesia de Gil de Biedma é um álbum de fotografias, o seu pensamento é eminentemente fotográfico, imaginativo...



Retrato del artista en 1956, diario de Biedma que, a pedido do autor, só foi publicado postumamente.

## RETRATO DEL ARTISTA EN 1956

Jaime Gil de Biedma



nio — para dotar a la emoción de todo aquello de que, por ser apreciación subjetiva, carece. Y modo, obviamente, para que al leerlo llegue también a emocionarnos otra vez. Refiriéndose al modo, habla Jonson además de un tercer elemento, la *imitación*. La imitación no es, claro está, plagio bizarro, ni siquiera un juego de habilidades cultas; guarda más bien relación con la aptitud y el gusto para inscribirse en una determinada tradición poética, justamente aquélla en la que el poeta deseaba, y no en otra. De ese gusto y de esa aptitud participaba Eliot, y Gil de Biedma hace otro tanto. Y es precisamente Eliot quien establece el vínculo entre las preceptivas de Jonson y de Dryden acerca de la *invención, variación y elocuencia*, «*que es el arte de vestir y adornar esa idea, hallada y variada, con palabras justas, significativas y sonoras*». Estas funciones consecutivas se encuentran fácilmente en la práctica poética de Gil de Biedma.

La variación de la idea adquiere primordial importancia en el momento de concebir el poema. Es «*lo que se lleva en la cabeza*» durante

tiempo, tal vez meses. La elocuencia, esas palabras justas, tiene que ver con el «*poco de trabajo*» de que habla en «El juego de hacer versos».

El recuerdo es la transformación de la experiencia. Y lo que se recuerda son imágenes y sensaciones, tan importantes en Gil de Biedma hasta el punto de ser omnipresentes: «*Mi recuerdo eran imágenes*». El personaje de sus poemas se enfrenta a la vida. Pero, ¿a qué vida? A la pasada. Es interesante un análisis de José Luis Merino extraído de la entrevista mencionada: «*...las dudosas meditaciones sempiternas que justifican haber vivido para dejarlo escrito. En contradicción con esto último, en ocasiones parece que el poeta quiere vivir para no escribir; aunque a pesar de ello, una vez que ha vivido no le queda otro remedio (¿recurso?) que escribir su vida para volver a vivir aquello que no está seguro si vivió*».

La poesía, el poema: son dos términos diferentes que remiten a conceptos diferentes. La poesía es algo que sabe el lector, que le incumbe a él. Sigue teniendo vigencia aquello que dijo Eliot: «*¿Qué es la poesía? Ni lo sé ni estoy demasiado seguro de que me interese saberlo; o quizá sí lo sé, cuando no me empeño en definirla*»<sup>9</sup>. El poema es algo que compete en exclusiva al poeta.

<sup>1</sup> Jaime Gil de Biedma, «Juan Gil-Albert, entre la meditación y el homenaje», en *El pie de la letra*, Editorial Crítica, Barcelona, 1980.

<sup>2</sup> Jaime Gil de Biedma, *op. cit.*

<sup>3</sup> Jaime Gil de Biedma, «Emoción y conciencia en Baudelaire», *op. cit.*

<sup>4</sup> Joan Ferraté, «A favor de Jaime Gil de Biedma», en *Si la píldora bien supiera, no la daban por defuera*, n.º de enero-abril 1969. Trent University, Peterborough, Ontario. Reeditado en *Jaime Gil de Biedma. Cartas y artículos*, Quaderns Crema, Barcelona 1994.

<sup>5</sup> Entrevista concedida a J. L. Merino en *Los Cuadernos del Norte*, n.º 12, 1982.

<sup>6</sup> Jaime Gil de Biedma, «¿Adónde el paraíso, sombra, tú que has estado?», en *op. cit.*

<sup>7</sup> Jaime Gil de Biedma, «Cántico: el mundo y la poesía de Jorge Guillén», en *op. cit.*

<sup>8</sup> Jaime Gil de Biedma, *Diario del artista seriamente enfermo*, Editorial Lumen, Barcelona, 1974, p. 86.

<sup>9</sup> T. S. Eliot, *Función de la poesía y función de la crítica*, Seix Barral, Barcelona 1968.